

EL ABENABBAS

LEYENDA MORISCA



EDITORIAL BIBLIOGRAFICA ESPAÑOLA
M A D R I D
MCMLXVIII

DEL EDITOR AL DISCRETO LECTOR

Sabido es que son tan numerosos los lectores de novelas como raros los que no saltan esas primeras páginas, que algunas llevan a manera de aperitivo del apetito de leer, conocidas con el nombre de «prólogo».

Debe ser esto, porque el que toma una novela en sus manos, amén de tener el apetito bien abierto, no suele estar de humor filosófico ni para las cuatro bagatelas más o menos ingeniosas o rebuscadas que se esperan en él y, saltándolo gentilmente, se lanza al mundo de ensueños y patrañas que espera en el cuerpo de la obra.

Siendo esto así, me siento yo, al escribir éste, libre para cometer en él cuantos «pecados» quiera y seguro de que han de quedar ignorados e impunes, máxime yendo firmados con un nombre tan desconocido en la república de las letras como en cualquiera otra de las que hay en el mundo.

Si fuera prólogo, meramente prólogo, no perdería yo el tiempo en escribir lo que nadie había de leer, pero este mío tiene en sí otras esencias. Es otras cosas además de prólogo:

«Es relleno». Porque siendo tan exigua esta historia, novela, leyenda o lo que sea, de salir sin llevar por delante estas páginas que le den grueso, abdomen y autoridad, parecería un cuentecito para niños, cuando tiene las pretensiones de agradar por lo menos a los que han pasado la reválida.

Además, ¡oh lector de mis «pecados»!, ha de ser una «confesión» de algunos de ellos para que tú me los perdones todos: cometidos y por cometer, manifiestos y ocultos.

Allá va el más gordo:

Yo he sido seminarista... Bueno, esto no es el pecado ni debe ser tenido por tal en la España Liberada. Pero lo que sí lo es o, si no lo es, debiera serlo, es haber dejado el Seminario antes de llegar al Sacerdocio.

Porque la guerra me llevó a las trincheras, y de las trincheras al hospital y en el hospital me llevó el corazón una de aquellas enfermeritas, que aprovecharon el almidonado cuello del colegio para diadema de la cofia.

¿Te acuerdas qué monas estaban?

Pues una de aquellas monas me llevó el corazón, por lo pronto, y más tarde de cuerpo entero al altar. No para que cantara misa, sino para que me casara con ella.

Y no es lo peor que me llevó, sino que me trajo

de París, a su debido tiempo, sin prisa ni demora, un hijo de mi corazón y de sus entrañas, y otro, y otro, y otra, con los debidos intervalos, que gracias a Dios no vinieron ni sietemesinos ni a pares. Por último, me trajo, ¡ay!..., a su mamá, que tuvo la suerte, y yo la desgracia, de que se le muriera el marido.

Toda esta historia que te cuento, tan verdadera y fija como la Vida de Marco Aurelio y Reloj de Príncipes que inventó don Antonio de Guevara, te ha de tener a ti tan sin cuidado como a mí con él, pero ha de servir para que conozcas dos de las concausas que han determinado la publicación de este «Abenabbas»:

La una, que, como padre de familia numerosa, necesito dinero.

Y la otra, que, por haber estado en el Seminario, entiendo mejor o peor el latín.

Porque en latín estaba el antiguo manuscrito que me ha servido, principalmente, aunque alguna ayuda me prestó al traducirlo otro castellano más viejo (¡quién iba a sospecharlo!) y que por sí solo no me hubiera servido para nada por su pésimo estado de conservación.

Parece natural que el latino fuera más antiguo y, sin embargo, no es así, como veremos después.

Ambos los encontré yo durante la guerra en un pueblo de la campiña andaluza llamado Espejo.

Por octubre o noviembre de 1936, estando allí mi compañía, refugiéme con otros soldados, durante una alarma aérea, en un cuarto bajo de

una vieja casa que nos pareció ofrecía garantías de seguridad, aunque no muchas.

Porque por una ventana de la habitación en que estábamos había entrado ya una bala de cañón de poco calibre.

Al explotar había roto un tabiquillo que ocultaba la parte baja de una alacena destinada antiguamente toda ella a libros y en posteriores tiempos, la parte alta, que siempre estuvo descubierta y en servicio, a guardar las viandas de las familias pobres que en el cuarto se habían sucedido. La última de las cuales andaba huída por la zona enemiga.

Alguien, antes que yo, había registrado el misterioso hueco y dejado despreciados entre los escombros unos papeles que a mí me llamaron la atención luego de pasado el susto.

La ocasión no era para prolijo análisis de bibliófico. Sospechando, sin embargo, que algo interesante contenían, hice con ellos un paquete y los envié a mi madre.

Mucho después de la Victoria tropecé por segunda vez con ellos y entonces fué cuando acabé de enterarme de lo que eran:

En un podrido «vademécum» de cartón, los dos cuadernos.

Si mal parado el latino, peor el castellano y deterioradísimo, como va dicho, por ser más viejo y haber caído además debajo del otro en el suelo de la alacena. No ya párrafos, sino ni oraciones gramaticales completas quedaban en las mutiladas y elípticas hojas.

Según el parecer de un amigo mío, asiduo investigador en archivos y protocolos y muy conoedor de letras manuscritas, es el castellano de principios del siglo XVII y el otro, caprichosa versión del anterior al latín, hecha a mediados del XVIII por uno de aquellos extravagantes «dómines» que se ganaban la vida enseñando latinidad y humanidades. Así se deduce de algunos papeles de ejercicios de declinación y conjugación que estaban con el cuaderno.

Mucho mejor hubiera hecho el bendito profesor sacando algunas copias del original castellano que poseía, en vez de meterse en traducirlo a malo y pretencioso latín. Se hubiera, así, conservado su clásico estilo, bueno, sin duda, por ser de la mejor época.

He tenido la paciencia de poner cada hoja o pedazo de hoja castellana entre las correspondientes latinas, que tampoco son un modelo de claridad, porque están escritas con una tinta tan clara, o descolorida por algún fenómeno químico, que en muchos lugares parece agua.

De este maridaje latino-español he sacado a luz un «Abenabbas» bastante parecido al de sus progenitores. Parto laborioso, porque he tenido mucho que adivinar y muchas lagunas que rellenar de la mejor manera que he sabido.

Dejando en la sombra al «latínico» traductor del siglo XVIII, tiempo es ya de despejar un poco la incógnita paternidad de la antigua obrilla castellana.

¿Quién fué o pudo ser su autor?

Quizá conjeturando sus intenciones y finalidad que llevaba al escribirla y con ayuda de la historia se obtenga más luz que atendiendo a los vislumbres de estilo que a través de la traducción latina hayan podido llegarnos.

Algo pudiera sacarse de las aficiones que a descripciones manifiesta y de la peculiar manera de presentar y desarrollar los cuadros el autor.

Es tan manifiesta, como la pureza de su Fe cristiana, la simpatía, si no es otra cosa, que siente por los moriscos.

También conviene fijar la atención en los vocablos empleados, que yo he conservado cuidadosamente en su lugar, siempre que me ha sido posible, y aún he metido en los rellenos cuando han encajado en mi obra de restauración.

Pero todo este trabajo de identificar al autor no es para mí, que ya de trabajo tengo sobrecarga. Ni quizá nadie saque nada por ser «Abenabbas», como sospecho, obra de autor poco fecundo, escritor no profesional, que, aunque de buen gusto, debió de ser inspirado circunstancialmente y no tanto por la sabia Minerva y las sobrias y espirituales Musas como por el comercial Mercurio o por el Becerro de Oro, que es la divinidad más interesada y conservadora de que tengo noticia.

Esta es mi hipótesis:

El «Abenabbas» es en el fondo una «historia», aunque muy adulterada en los detalles por el interés.

Escrita en Andalucía en el año 1609. Cuando se

creía revocable (aunque en realidad era ya «res judicata») el edicto de expulsión de los moriscos.

No parece de ellos el autor, sino alguien, clérigo o hidalgo, que ansiaba la revocación.

El fin e intención de ella parece ser influenciar el ánimo de algún ministro público, o privado consejero de Felipe III, quizás al mismo Duque de Lerma, presentándole el ejemplo de otro Duque, egregio protector de los moriscos, que aunque levantiscos en otro tiempo, eran ya, según el autor, modelos de lealtad a los poderes constituídos, fieles a la nobleza y sinceros (no faltaba más) en su Fe cristiana.

No hay que olvidar que con la expulsión de los moriscos se lesionaban muchos intereses particulares. Las Iglesias aragonesas, por ejemplo, que los tenían como colonos de sus campos, sufrieron, por el desequilibrio consiguiente a la expulsión, la pérdida de una mitad de sus rentas.

Fué una determinación la de Felipe III típicamente española, quijotesca si se quiere, pero grande, magnánima y desinteresada, como de nuestra raza, que cuando busca un bien espiritual no repara en sus propios perjuicios materiales.

Para defender la oportunidad y justicia de la expulsión ante el bajo positivismo del siglo XIX, fué preciso recurrir a lo que él entendía: ¡el orden que había que restablecer en Levante!, ¡el peligro de una invasión de turcos o berberiscos!, con quienes nuestros moriscos, sin duda, se enten-

dían, aunque no parece de ello enterado nuestro autor.

Para el pensamiento genuinamente español fué la expulsión buena y justa, sencillamente porque completó nuestra unidad espiritual y cristiana.

Y también estos procedimientos nos reportaron a la larga beneficios materiales de inestimable valor.

¿Qué pueblo del mundo (pueblo digno, que no corte ni burocracia, ni ejército ni literatos), qué pueblo del mundo ha sido más feliz que el español durante los siglos XVII y XVIII?

¿Cuál, como él, unánime en su Santa Fe, sin odios ni antagonismos, libre de abusivas intromisiones de los poderes civiles, digno, sobrio, señor de sí mismo, fecundo creando todo un mundo trasoceánico...?

Esto se dice y se repite, pero pocas veces se percibe la magnitud de tanta y milagrosa obra.

Pero volvamos a la Literatura, que estábamos de «broma» y nos hemos puesto demasiado serios y declamatorios.

Debió de ser nuestra novela hecha por autor realista, no ayuno de cultura renacentista, algo poeta, con la poesía del realismo, que también la tiene como el romanticismo tiene algo y aun mucho de realismo y copia del natural.

Poética en sumo grado y, si se me permite el anacronismo, «romántica» es «La Eneida» y tan realista cuando narra las guerras y costumbres de los mortales, como cuando las trapisondas que

Juno (¡la tan «humana» diosa Juno!) armaba en las nubes y en los fantásticos cuanto etéreos o líquidos reinos de Eolo y Neptuno.

Siempre que leo el pasaje en que éste, airado, amenaza y espanta a los Vientos que han invadido sus dominios, me acuerdo del enfado de un hacendado andaluz, hombre viejo, de varonil, noble y venerable aspecto, a quien metimos los caballos de la compañía en el trigo verde. Fué aquello una versión y representación andaluza del célebre «¡Quos ego...!» latino. Un testimonio que del magnífico realismo de «La Eneida» prestaba la naturaleza.

De la realidad y copia del natural no se ha prescindido nunca; ni aun en las épocas en que menos se ha copiado y más se ha hecho alarde de independencia de modelos.

Humanos son los tipos del romanticismo del pasado siglo, aunque se haya preferido retratarlos cuando maldecían, juraban o desfallecían de amor; humanos, aunque se les haya «filmado» cuando hacían locuras y disparates.

¿Quién no se ha dado un desagradable y realísimo encontronazo al volver de una esquina, en la romántica oscuridad de la noche, con un romántico Tenorio de carne y hueso?

No hay buena literatura sin sus tantos de verdad y exageración, de sensatez y exaltación. Según en ella sobresalga lo uno o lo otro se llama realista o romántica.

En esta novela que prologamos, predomina lo verosímil, visible, palpable y deleitable.

No se busquen en ella, tampoco, agregios discursos del entendimiento; no la profunda sabiduría o conocimiento de alma humana, quizá ni gramática parda, sino una superficial bella pintura.

Es una buena película de hermosos cuadros: descripción de brillantes fiestas y opíparos banquetes. Narración de espeluznantes crímenes y patéticos idilios, sencillos, pero sentimentales y bien vistos.

Obra es, en suma, no de un potente entendimiento especulativo, sino de un alma «diletante» y artista, ávida de ver, oír, oler, gustar y tocar cuanto bello y no pecaminoso hay en el mundo.

Esto no obsta para que tenga tipos interesantes, originales y bien conocidos y retratados al natural, aunque tanto se hayan recargado sobre ellos ciertas tintas que pudieran engañarnos: Mari-Marina y Abenabbas son un par de figuras tan hijos de su raza agarena como de los sueños y deseos del autor, empeñado en exaltarla con fines bastardos.

Es cierto que de ella había individuos y aun familias muy respetables y respetados: cooperadores de los intereses nacionales, cristianos ya de verdad y dignos, en suma, de mejor suerte que la que tuvieron.

Pero creo que el autor nos engaña y aún se engaña a sí mismo, porque cree, sin duda, lo que dice, al presentarnos a las dos razas, cristiana y

agarena, viviendo y conviviendo en tanta unanimidad y buen concierto. Quiere que generalicemos y creamos sentimientos muy difundidos en ambos pueblos, ario y semita, los de amor que acaso existieron, si existieron, en dos almas selectas representantes de cada uno: la del Duque y Abenabbas.

No se cansa de colgarle gracias a los protagonistas moriscos: inteligencia, juventud, belleza, magnanimidad; hasta el encanto de pequeños vicios y (perdón por la frase) «meteduras de pata» para que no resulten empalagosamente simpáticos y sin claroscuro ni contrastes.

Todo esto, más que pensado inspirado, venga de donde viniere la inspiración, más sentido que calculado, porque, como va dicho, el primer engañado por la pasión es el autor.

Y en esto me fundo yo para atribuir la obra, no a un plumífero maula a quien se pagara a tanto la hoja, sino a un hidalgo capaz de sentir los delicados sentimientos que pone en el alma de sus creaciones, directamente perjudicado por la decretada expulsión, a quien hizo literato y elocuente la ocasión.

¿Qué nombre pondremos debajo de este retrato de «caballero desconocido con la mano en el pecho» y que, a mi parecer, entre el pecho y la mano tenía amorosamente acariciada la cartera?

¿Pérez de Hita, que tanto escribió de moriscos?

¿Garcilaso, el Inca Yupanqui (que vivía en Cór-

doba por aquellas calendas), hombre de posición y negocios al tiempo de la expulsión?

Por ninguno de ellos me decido, pero creo que la presente obra es tan verídica y escrupulosamente cierta e histórica como las de los mentados verácisimos varones.

Esto tengo yo por tan cierto, lector benévolo, como que soy tu afectísimo y seguro servidor que besa tu mano y que me llamo

M. DE LA PEÑOLA MENDOZA.